

TEATRO

"PARA ALBERTO DUTARY,
QUE PINTA COMO QUIERO
ESCRIBIR".

José de Jesús Martínez

La Retreta

(Pieza en un Acto)

Personajes, según el orden en que aparecen:

JOVEN

HOMBRE

MUJER

COMERCIANTE

VENDEDORA

NIÑO

EL

ELLA

VIEJECITA

POLICIA

ARQUITECTO

Lugar: Un parque cualquiera.

Tiempo: El presente y el pasado.

Derecha e izquierda, las del espectador.

Panamá, 1963

ACTO UNICO

El escenario representa el recodo de un viejo parque abandonado. Da una penosa impresión. Todo es viejo: la banca que hay a la izquierda; el farol, cuya luz también es vieja, desabrida; la yerba, que nace y crece vieja ya. Sólo el aire, a pesar de ser también viejo, respirado, conserva. . . , o no, mejor: ha adquirido, con el tiempo, cierta frescura, conforme se ha ido enfriando del calor que un día obtuvo en pulmones humanos. Alrededor del parque pueden verse altos edificios modernos. Se trata de uno de esos parques que, no se sabe cómo, han sobrevivido a la moderna urbanización. El sitio en que se desarrolla la acción es, como ya se ha indicado, un recodo poco transitado, apartado de la vereda principal que circunda a todo el parque y por donde la gente se pasea. O se paseaba, mejor dicho, mientras los bomberos o la Banda Municipal tocaba piezas cursis. Era una hermosa costumbre que heredamos de los españoles y que hemos ido perdiendo poco a poco. Por un instante la escena permanece vacía. Lo único que llama la atención del público son los enormes edificios modernos y un anuncio comercial en colores, sobre alguno de ellos, que se enciende y apaga con ritmo de corazón y tiempo.

(Entra un Joven, de prisa, nervioso. Viste a la moda del primer cuarto del siglo, totalmente en desacuerdo y en contraste con la urbanización actual del fondo. El Joven reconoce el sitio y eso lo tranquiliza. Se sienta en la banca. Poco tiempo. Lo suficiente para coger aliento sólo. Luego se levanta y comienza a verlo todo. La banca ha crujido. La prueba, vuelve a crujir. Comprueba el polvo del farol, lo podrido de todo. Sin embargo sonríe. Tiene un remedio para todo ello. Hace el esfuerzo de recordarlo..... Lo recuerda. Es una canción: La Violetera. (O quizá, si se prefiere, el vals Sobre las Olas, de Juventino Rosas). La silba. Entonces, y como por la sola virtud de la melodía, comienza todo a cambiar, a rejuvenecerse. Inmediatamente cesa el anuncio. Se hace transparente el telón de fondo donde están pintados los edificios de los alrededores y se deja ver un cielo magníficamente estrellado, un cielo tropical, de verano. La luz del farol se matiza, se hace como de luna. La yerba se torna verde, verde chillón, brillante. Los árboles, esqueléti-

cos antes, se hacen frondosos y comienzan a mover sus ramas al viento. De pronto aparecen flores por todas partes, flores fosforescentes, o alumbradas cada una por un pequeño foco para dar esa impresión. El Joven, sin dejar de silbar, prueba otra vez la madera del banco. Ya no cruje. El polvo del poste del farol. Ya no lo tiene. Y se va, silbando, por la derecha. En su camino se topa con un Hombre y una Mujer, vestidos también a la moda de entonces. El Joven los saluda con un movimiento de cabeza)

HOMBRE.— (Al Joven) Buenas noches.

MUJER.— (Lo mismo) Buenas noches.

HOMBRE.— ¡Qué tipo más raro!

MUJER.— ¡Ch! (Espera a que se vaya) Lo llaman el Solitario. Siempre anda solo. Nadie lo conoce.

HOMBRE.— ¡Qué de gentes más extrañas se ven en este parque!

(Por algún sitio insospechado, y como rastreando una pista, entra el Comerciante, hombre gordo, bajito y calvo, burgués perfecto, secándose el sudor de la frente con el pañuelo. Hemos de pensar que el sudor es debido bien a su constitución física o a su preocupación, pues nadie más parece sentir calor. Pero lo que más llama la atención de este nuevo personaje es que viste a la moda actual. Lleva desatado el nudo de la corbata).

COMERCIANTE.— Perdonen..... Un niño de unos ocho años, ¿no lo han visto ustedes? Con un aro. Uno de esos aros que los niños hacen rodar empujándolos con una varita, un aro..... (Da el tamaño, que recuerda después de un poco de vacilación, con un gesto de manos)

HOMBRE.—No. (Gesto de desilusión del Comerciante) ¿Es su hijo?

COMERCIANTE.— ¿Cómo? Ah, no, no. Sí. Sí. Estoy seguro de que se me esconde. Estoy seguro.

MUJER.— Mire, quizás no sea el mismo, pero me parece haber visto a un niño jugando con un aro. ¿El pelo castaño....., rizado.....?

COMERCIANTE.— ¡Sí! ¡Sí!

MUJER.— Del lado del kiosko. Hace un rato.

COMERCIANTE.— Oh, muchas gracias. Muchas gracias. (Mutis rápido)

HOMBRE.— ¿Ves lo que te digo? ¡Qué tipo más extraño!

MUJER.— Y qué rara su ropa, ¿lo notaste?

HOMBRE.— Sí.

MUJER.— Sigue contándome lo de la entrevista de esta mañana.

HOMBRE.— ¿De veras que te interesa?

MUJER.— Claro. ¿Qué tiene de particular?

HOMBRE.— No sé.

MUJER.— A las esposas les interesa siempre todo lo que sea de sus maridos.

HOMBRE.— No me acostumbro a estar casado.

MUJER.— Pues es tiempo de que te vayas acostumbrando, porque va a durar mucho tiempo. ¿Qué te dijo el jefe entonces?

HOMBRE.— Bueno, pero sentémonos.

MUJER.— No, aquí no. Está reservada. **(El Hombre la mira sin comprender)** Los novios. La parejita esa que viene todos los jueves a la retreta.

HOMBRE.— Pues que se sienten en otra parte.

MUJER.— No, ésta es la de ellos, aquí, apartados de la gente, en la oscuridad. Todo el mundo les respeta el sitio. Todavía no ha dado el campanario las siete, ¿verdad?

HOMBRE.— **(Mira su reloj)** No. Pero ya las son. En mi reloj por lo menos.

MUJER.— Entonces no tardarán en llegar. Son muy puntuales. Ven, cerca del kiosko hay muchas bancas vacías. **(Van saliendo)** ¿Qué te dijo el jefe entonces? Ya me imagino la cara que habrá puesto.

HOMBRE.— Sí. No se puede negar que lo sorprendí. Pero él, con mucha circunspección, disimulando la sorpresa.....

(Han salido. En su camino se topan con la Vendedora que viene pregonando su mercancía y que se la ofrece con un gesto al Hombre. Este, sin interrumpir su narración, deniega)

VENDEDORA.— **(Se la comienza a oír desde antes de entrar. Su pregón tiene algo de lejano y melancólico)** ¡Caramelos! ¡Chocolates! ¡Cigarrillos!

NIÑO.— **(Que la viene acompañando)** Por aquí no hay nadie, abuelita.

VENDEDORA.— Sí. Es temprano todavía. Ellos (**Los del banco**) siempre me compran.

NIÑO.— ¿Puedo irme a jugar con Roberto ya?

VENDEDORA.— Bueno, anda, anda. Pero ven que te arregle un poco. (**Se sienta en la banca para arreglarle el cuello**) No sé por qué te gusta jugar tanto con ese niño. El es rico, y los ricos..... son diferentes.

NIÑO.— Roberto no es rico.

VENDEDORA.— Sí, hijito, sí lo es. ¿No ves la ropa que usa? En cambio tú, mi pobrecito.....

NIÑO.— No es diferente.

VENDEDORA.— Ellos son felices, pueden jugar. Los pobres no podemos ser tan felices. Sobre todo, no conviene que nos acostumbremos a ser felices, como ellos. ¿Comprendes?

NINO.— Pero Roberto no es feliz, abuelita. Llora.

VENDEDORA.— (**Extrañada**) ¿Robertito llora? ¿Por qué?

NIÑO.— (**Ya le han arreglado el cuello, metido la camisa, etc..... Sale corriendo, alegre**) ¡Secreto! (**Regresa**) Abueña, dame un paquetito de caramelos. (**Ella sonríe**) Dame, por favor.

VENDEDORA.— Toma. (**Se lo da**)

NIÑO.— Así yo le doy caramelos y él me presta su aro. (**Sale corriendo**)
(**La Vendedora lo ve irse, melancólica, pero no tarda en volver a la realidad y a su pregón mecánico**)

VENDEDORA.— (**Saliendo hacia la derecha**) ¡Caramelos! ¡Cigarrillos!
¡Chocolates! (**Fuera de escena ya, cada vez más lejos**) ¡Chocolates!
¡Cigarrillos! ¡Caramelos!

(**Momentos antes de hacerse inaudible su pregón, comienza a dar la hora un reloj de torre. Son siete campanadas, lentas, de acento grave. A las primeras campanadas, y casi simultáneamente, entran El y Ella. Uno por la derecha, el otro por la izquierda. Pero permanecen separados, cada uno en el extremo opuesto del escenario, y sin moverse, mirándose solamente. Terminan de sonar las siete. Se oye el silencio. Pausa**)

EL.— Hola. (**No se mueve**)

ELLA.— Hola. **(No se mueve. Se miran solamente. Pausa)**

EL.— Hemos sido puntuales. Los dos.

ELLA.— Sí. **(Sonríe)**

EL.— ¿Por qué te ríes de mí?

ELLA.— **(Sería)** No. **(Aparte)** Ahora vas a decirme que hace una noche hermosa.

EL.— Hace una noche muy hermosa.

ELLA.— Sí. **(Aparte)** "Tenía ganas de verte".

EL.— Tenía ganas de verte.

ELLA y EL.— **(Simultáneamente)** He estado esperando toda la tarde que diera el reloj las siete..... **(El se da cuenta y se calla)**

ELLA.— ".....para venir. Hoy es jueves".

EL.— Te burlas de mí.

ELLA.— No. Es que..... **(No sigue)**

EL.— **(Acercándosele)** Si tú supieras lo que significa para mí..... **(Ve que ella retrocede, no se sabe por qué, y se detiene, extrañado. Ella se da cuenta de que El se ha dado cuenta y, para desmentirse, corre a sus brazos y lo besa profusamente. El le coge la cabeza con ambas manos, ve que llora)** Te pasa algo.

ELLA.— **(Deniega)** Nosotros. Tenemos años de acudir a la misma cita, a la misma hora, en el mismo sitio. De repetirnos las mismas palabras....., hasta el punto de que ya se han gastado y no significan nada. **(Cierra los ojos)** Y da pena oír las. Siempre lo mismo. Siempre lo mismo, que se repite y se repite. ¿No tienes la sensación de que todo se está gastando, cambiando, poco a poco, para que no nos demos cuenta? Pero yo sí me doy cuenta. De pronto he tenido la sensación..... **(Lo mira. El sonríe)** ¿No comprendes, verdad?

EL.— Te contradices: "Siempre lo mismo. Todo está cambiando".

ELLA.— Es como si se estuviera gastando todo, de tanto repetirse. Ya hasta me parece que cada vez viene menos gente al parque. Pero no es eso solamente, todo..... **(Mira a su alrededor)** Esto no es real ya. ¿Cuándo has visto que eran así las flores? Parecen artificiales..... **(En efecto, lo son, y sin disimularlo)** Nosotros mismos..... Tú, por un instante..... Yo.....

EL.— Eres real para mí. Eres lo único real que existe para mí.

ELLA.— **(Comprende que El no puede comprender)** Perdona. Es sólo una sensación. Sentémonos, ¿quieres?

EL.— Yo comprendo que te sientas así. También yo, a veces, me canso, me.....

ELLA.— No es eso.

EL.— Pero falta poco ya. Nos casaremos bien pronto.....

ELLA.— No es eso.

EL.— Y entonces....., entonces seremos felices.

ELLA.— No es eso. Yo soy, ya, feliz; desde que nos conocemos. Nunca he sido tan feliz. Esto será la mejor época de mi vida, estoy segura. Siempre la recordaré como la mejor. Pero no es eso. **(El le pregunta con la mirada)** No sé. No podría explicarlo. Es sólo una sensación, te he dicho.

EL.— ¿Sensación, de qué?

ELLA.— De que siempre, todos los jueves, es lo mismo. De que es el mismo jueves que se está repitiendo y repitiendo. Como si fuera un día terco que no se quisiera ir. ¡Quizás porque somos tan dichosos en él!

EL.— Te diré lo que haremos, para romper la monotonía: El próximo jueves nos citaremos en otra parte.

ELLA.— No podríamos. ¿No te digo que es un mismo día que se repite y se repite? Tal como lo vivimos la primera vez tendremos que vivirlo siempre, hasta que se gaste del todo, hasta que ya no sea real, hasta que sea como un sueño. ¡Cada vez me parece menos real todo esto! La luz. **(Verde-azul, de sueño, que se ha perdido)** ¿Cuándo has visto, si no en sueños, una luz así? No es real. Quizás sea porque somos tan dichosos. ¿Verdad?

EL.— Sí. Debe ser eso.

ELLA.— Es hermoso lo que hemos hecho nosotros de esta hora. Por eso es que no quiere irse y se repite, vuelve todos los jueves, **(Sonreída)** a la misma hora.

EL.— Es una hora puntual. **(Ella ríe un poco del chiste)**

ELLA.— **(Transición)** Pero, ¿no sientes la sensación de que ella nos tiene como amarrados, de que no podríamos, aunque lo intentáramos, hacer otra cosa que esto, estar sentados aquí, o paseando alre-

dedor, esperando que comience la música? Dime, de veras, si para el próximo jueves nos citáramos a las siete en otra parte, ¿qué harías?

EL.— Iría a esa otra parte, claro.

ELLA.— Y oyeras el reloj de la torre dar las siete, ¿podrías no venir aquí?

EL.— **(La mira)** Sí, vendría, porque te conozco, y estoy seguro de que estarías aquí.

ELLA.— Y yo, porque te conozco, sabría que ibas a pensar eso mismo que has dicho ahora, y estaría aquí, esperándote. Y entonces sí que nos daríamos cuenta, ya sin ninguna duda, de que estamos presos en este día. Es mejor que no hagamos la prueba. Me daría miedo.

EL.— **(Sonreído)** A veces me parece que eres muy inteligente, pero a veces.....

ELLA.—**(Afirma con la cabeza. Sonríe. Vuelta)** Mira, por ejemplo, de un momento a otro va a pasar la vendedora de caramelos.

EL.— Pasa siempre.

ELLA.— Pero yo te voy ya decir el momento exacto en que va a pasar.
(Cierra los ojos. Pausa) ¡Ahora!

VENDEDORA.— **(Su voz lejana, acercándose)** ¡Caramelos! ¡Cigarrillos!
¡Chocolates! **(Entra)** ¡Chocolates! —Buenas noches, parejita.

ELLA.— **(Sonriente. Es El quien ha quedado serio)** Buenas noches, señora.

VENDEDORA.— ¿Un paquetito, como siempre? **(El paga)** Gracias.

ELLA.— ¿Dónde está su nieto? ¿Es que no lo ha traído hoy?

VENDEDORA.— ¿Pero cree usted que me iba a dejar salir sin que lo trajera? Anda por ahí, jugando. Ya sabe lo revoltoso que es: Hasta luego.

ELLA.— Hasta luego, señora.

VENDEDORA.— **(Mutis. Su voz, alejándose)** ¡Caramelos! ¡Cigarrillos!
¡Chocolates!

EL.— No tiene nada de raro. La oíste antes de que yo la pudiera oír. Eso es todo.

ELLA.— Bueno. **(Le mete un caramelo en la boca)** Ven, vamos a dar una vuelta. **(Mutis de ambos)**

(Por el lado contrario entra una Viejecita. Es evidente que no quiere ser vista por la pareja y espera a que hayan salido del todo para acabar de entrar ella. Se sienta en el banco y teje. Viste un traje negro, sin moda. En la cabeza, un sombrero raro, de colores chillones. Después de un breve momento, comienza a reírse para sus adentros, como si recordara algo gracioso, y a dialogar consigo misma como con sus recuerdos. Timidamente al principio y completamente interior, pero exteriorizando su pensamiento cada vez más, hasta que al final actúa como una persona demente, o extravagante por lo menos)

VIEJECITA.— ¡Je, je, je....! ¡Ji, ji, ji....! No.... Sí, bueno. Había.... había.... **(Mira el cielo oscuro)** sol. ¡Je, je....! Así. Caramba, estas cosas son así, doña Matilde. Usted está bien, créamelo. El aire.... ¿No siente usted frío? El mundo está cambiando. ¿Cuándo se ha visto que haga este frío aquí? **(Se arrebujó un poco)** Yo.... toso.... de noche. No me gusta. Es un cuarto horrible. No tiene ventanas. Aquí, sí. El aire. Pero, ¿tan tarde? Yo pensé..., siempre pensé que hacía sol. Sí. Todo se acaba, se gasta. El sol se está apagando. **(Alegre)** Pero usted está bien. ¡Ji, ji, ji.....! **(Triste)** Sólo la luz. Me hace falta. Se ha gastado. Yo recuerdo, en cambio.... ¡Uh, hace tanto tiempo! Más. Más. En el pueblo, cuando era niña. Allí sí había sol. Entonces sí. Corríamos, robábamos frutas en el huerto de don Tomás. ¡Don Tomás! **(Transición)** ¡Oh, no, don Tomás, no he sido yo! Ha sido Anita, y Juan. A mí no me gustan los marañones, ni las almendras. De veras. **(Pícaro)** -¡Ji, ji, ji....! **(Transición)** Pero, ¿ya va a llover? **(Disgustada)** ¡Oh! Qué luz tan gris. Antes no. Es lo mínimo que se ha debido guardar. Deberían inventar algo. **(Transición brusca)** -¡María, ¿qué haces aquí?! **(La mano sobre el corazón)** Creí que te habías escondido para asustarme. Sí, es que ya comienza a fallarme la memoria. ¡Qué vestido tan bonito! ¿Te lo hizo tu mamá? ¡Tanto tiempo de estar muerta y qué colores tienes, María! Oh, también yo puedo dar esos saltos. Mira, voy a dar uno.... **(Se inmoviliza un instante)** ¿Ves? ¿Viste? ¿Y el día que la tía llegó a casa...., con aquellos regalos? -¡Tía, ¿para mí?! ¡Qué lindo!

(Las flores, de grupo en grupo, comienzan a apagarse. El anuncio vuelve a latir. Todo retorna al estado calamitoso del principio)

VIEJECITA.— **(Al ver desaparecer las flores)** ¡Oh, oh, alguien viene!

(En efecto, entra un Policía, vestido a la moderna)

POLICIA.— Buenas noches, señora.

VIEJECITA.— Buenas noches, señor policía. Ah, no; ahora son "guardias"

POLICIA.— Es lo mismo. Ha venido usted hoy temprano.

VIEJECITA.— No. Hace tiempo que han dado ya las siete.

POLICIA.— ¿De veras? No me había dado cuenta.

VIEJECITA.— ¿No oyó usted las campanadas?

POLICIA.— ¿Las campanadas? ¿Qué campanadas?

VIEJECITA.— De la torre de la iglesia. Es un reloj que marcha muy bien.

POLICIA.— Tan bien que desde que yo tengo memoria está parado.

VIEJECITA.— ¿Cómo? ¿Y las campanadas? **(El Policía la mira sonriente: No hay tales campanadas)**

POLICIA.— La vi de lejos que hablaba. Estaba usted acompañada otra vez, ¿eh?

VIEJECITA.— ¡Ji, ji, ji....! No. No. Estoy sola. Tejiendo un suéter. Cada vez hace más frío allí.

POLICIA.— Pero va a perder la vista con esta luz.

VIEJECITA.— No puedo perder lo que no tengo, hijo. Ya estoy casi ciega. Esto lo puedo hacer sin ver. Si bajo los ojos es para disimular. De usted, por ejemplo, sólo veo una mancha kaki. **(El uniforme)** Pero no es sólo que esté perdiendo la vista, es que la luz se está gastando..., porque, en otros sitios, veo mejor. Aunque, también allí, ¿sabe usted?, cada vez es más gris, más oscuro, más frío. **(Hablando consigo misma, como antes)** -¡Estás tiritando, María! ¡Qué te pasa! ¡María, ¿qué te pasa?! ¡Voy a ir corriendo a avisarle a....! **(Ve al Policía. Vuelta)** -Perdone. Murió. Era una primita mía. No la olvidaré nunca.

POLICIA.— ¿Por qué no habla con personas reales, señora? Seguro que tendrá gente conocida, amigos.....

VIEJECITA.— Oh, sí, tengo muchas amistades: La señora Natividad, María misma, con la que algunas veces voy a jugar, antes de..... aquello. Doña Matilde..... Doña Matilde y yo fuimos muy amigas, ¿sabe? Oh, hablábamos mucho. Nos contábamos todo.

POLICIA.— Ha muerto, ¿verdad?

VIEJECITA.— Sí, por supuesto. Si no, ¿cómo iba a poder verla? ¿No le digo que estoy ya casi ciega? Todos han muerto, menos yo. Pero ellos son todos muy buenos y no han querido abandonarme, dejarme sola aquí.

- POLICIA.— No está sola. Otros han ido naciendo. Como el niño ese para quien teje el suéter.
- VIEJECITA.— Oh, ¿esto? Es para el nieto de la vendedora. Vestía tan mal el pobrecito.
- POLICIA.— ¿La vendedora?
- VIEJECITA.— De caramelos. Siempre venía a la retreta. Y él siempre me compraba un paquetito para mí.
- POLICIA.— Pero ese niño, a estas horas.....
- VIEJECITA.— **(Detiene la labor por un breve instante)** Habrá muerto también. **(Se pone a tejer de nuevo, más de prisa, para ahuyentar o desmentir el pensamiento)**
- POLICIA.— Para usted significa mucho este parque, ¿verdad?
- VIEJECITA.— Para mí, y para muchos. No son solamente mis recuerdos los que hay aquí. Esto está lleno de gente.
- POLICIA.— Nadie más que usted viene ya por aquí. La gente va ahora al cine, a bailar..., ya nadie viene al parque. Usted solamente.
- VIEJECITA.— Se habrán olvidado. Es posible. Tendrán que buscarse. Encontrarse. Como ese señor gordo, bajito, de la corbata desanudada. **(El Comerciante)** Yo no. He tomado mis precauciones. Sé dónde debo ir a buscarme cuando llegue la hora. Aquí. Sobre todo aquí.
- POLICIA.— ¿Fue aquí donde conoció a su esposo?
- VIEJECITA.— No. Pero, antes de casarnos, veníamos todos los jueves, a la retreta. **(Transición)** Oh, pero no, no puedo hablar de esto. Me oirían. Ella sospecha ya. Está nerviosa. Puede vernos.
- POLICIA.— ¿Quién es ella?
- VIEJECITA.— Yo. Entonces. Pero, **(Pícaro)** yo tengo mis trucos. Cuando los recuerdos hago como si pensara en otra cosa. Hago como si me preocupara por el tejido. Así los miro sin que me vean ellos. Porque ella sospecha ya. Por eso no conviene que yo esté aquí. Ni usted, señor policía. Venga, vámonos a otra parte. Vendrán por aquí apenas comience la música. Tocaban canciones tan bonitas. Como aquella de ta ra rá ta ra ra rá ra rá.... **(La Violetera. Mutis de ambos)**
- (Una banda al fondo, toca la Violetera. Todo vuelve a transformarse. Entran El y Ella. Van pasando)**
- ELLA.— ¿Ves? Yo sabía que en el momento de llegar aquí comenzarían a tocar.

EL.— No quisiera que fueras así, ¿sabes? Yo soy un simple mecánico, y tengo miedo de que te desilusiones cuando me conozcas mejor.

(Se oye, acercándose, el pregón de la Vendedora)

ELLA.— No digas tonterías. ¿Por qué me vas a desilusionar?

EL.— No sé. Eres tan complicada. Tienes cosas tan raras. Y yo soy muy burdo.

ELLA.— ¿Quieres que te diga lo que eres? **(Caríñosa)** Tonto. **(Han salido)**

VENDEDORA.— **(Entra. Cambia de sonrisas con Ella)** ¡Caramelos! ¡Cigarillos! ¡Chocolates!

(Entra el Comerciante, buscando, secándose el sudor. Por el lado opuesto, el Niño. El Comerciante vuelve a salir)

NIÑO.— ¡Abuelita....! **(Se para en seco al ver al Comerciante y espera a que éste salga. Transición)** Mira. Es él.

VENDEDORA.— ¿Quién?

NIÑO.— Ese señor. Roberto le tiene miedo.

VENDEDORA.— ¿Por qué?

NIÑO.— No sé. **(Transición)** Abuelita, dame otro paquetito.....

VENDEDORA.— ¿Y el que te acabo de dar?

NIÑO.— Se acabó. Es que le doy a Roberto. **(Han salido)**

(Entran el Hombre y la Mujer)

HOMBRE.— ¿Quieres?

MUJER.— No. Era un capricho, un **(Subrayado)** antojo. Pero ya me pasó.

(Ella sonríe significativamente. El la mira, pone cara de idiota y sale disparado detrás de la Vendedora)

HOMBRE.— ¡Eh, vendedora....! **(Mutis)**

(Entra el Joven. Le sonríe a la Mujer pero ésta no le hace caso. Entran el Hombre y la Vendedora)

HOMBRE.— **(A la Mujer)** Escoge. Es un antojo.

VENDEDORA.— Mis felicitaciones.

MUJER.— Estos.

HOMBRE.— **(Paga)** ¿No estás cansada? ¿No convendrá que se sientes un rato?

MUJER.— No sé en qué estás pensando. ¿Es que no puede una tener un antojo? **(Han salido)**

VENDEDORA.— ¿Cigarrillos, joven? ¿Caramelos?

JOVEN.— No.

(A la Vendedora se le cae alguna mercancía que el Joven le recoge)

VENDEDORA.— Muchas gracias, joven. Ya no están mis brazos para cargar con este trasto todo el día.

JOVEN.— ¿Quién la podrá estar recordando a usted, pobre vieja?

VENDEDORA.— ¿Cómo?

JOVEN.— Se explica que esa pareja esté aquí. Ella le va a decir que van a tener un hijo. Y eso no lo olvidarán nunca. Los novios, también. Es una viejecita. Yo la conozco. La he visto algunas veces. Pero a usted, ¿quién?

(Entra el Niño)

NIÑO.— ¡Abuelita....!

JOVEN.— **(Cae en la cuenta)** Ah, es él.

(La Vendedora, mirando extrañada al Joven, hace mutis con el Niño. Entra el Comerciante)

COMERCIANTE.— Por favor, ¿no ha visto usted a un niño de unos ocho años....?

JOVEN.— Usted no es de aquí, ¿verdad? **(Por lo moderno de su ropa)**

COMERCIANTE.— No, no soy de aquí. ¿Vestido.... de azul me parece, y jugando con un aro?

JOVEN.— **(Lo mira. Tarda en responder)** No.

COMERCIANTE.— Se me esconde, estoy seguro. Estoy seguro. **(El Joven lo mira, sonrío)** Soy comerciante. Me llamo....

JOVEN.— No. El. Ese niño, es usted, usted mismo, ¿verdad?

COMERCIANTE.— Empiezo a dudarlo. Empiezo ya a ponerlo en duda. Pero, no. Lo dejé aquí. Eso lo recuerdo bien. Se me esconde. **(Cierra los ojos)** A veces estoy a punto de verlo, y de pronto oigo que sale corriendo. Me corre por la frente, por la médula....

JOVEN.— Tendrá miedo. Los niños son muy miedosos.

COMERCIANTE.— No. No es miedo. Es vergüenza. Yo...creo que es vergüenza. Se avergüenza de mí.

JOVEN.— **(Como si eso lo explicara todo)** ¡Ah!

COMERCIANTE.— Se equivoca usted. No soy un hombre malo. Soy... comerciante. Pero él tenía no sé qué ideas. Usted conoce a los niños. Quería ser músico. Como los de la banda. Usted comprenderá que ser músico, en estos tiempos... Tuve que abandonar esa idea.

JOVEN.— **(Lo sigue comprendiendo todo)** Sí.

COMERCIANTE.— Pero él no comprende.

JOVEN.— No podrá comprender. Los niños..., ya se sabe. Debió usted habérselo explicado, con razones, con ejemplos. Hay uno muy a propósito, de la hormiga que se pasa el verano almacenando alimentos para el invierno, y la cigarra, que se la pasa cantando. Digo que es a propósito porque como la cigarra canta, tiene algo de músico. Es poeta, la cigarra. **(Baja la cabeza y medita un poco. También él es poeta. Vuelta a la ironía)** La hormiga no, la hormiga vale mucho más.

COMERCIANTE.— Debí haber hecho muchas cosas.

JOVEN.— Todavía puede hacerlo. Convéncalo usted. Después de todo, ser hormiga no es tan despreciable, ¿no?

COMERCIANTE.— **(Demasiado preocupado para darse cuenta de la ironía)** Ya no hay tiempo. Además, se me esconde. No lo encuentro. ¡Y tengo que encontrarlo, señor!

JOVEN.— ¿Por qué?

COMERCIANTE.— Yo no sé qué hay después de la vida, o si siquiera hay algo. Pero, lo necesito a él. No se me juzgaría con justicia si no va él conmigo. ¡También yo he tenido mis ideales! ¿Comprende?

JOVEN.— Perfectamente.

COMERCIANTE.— ¿Qué me aconseja que haga?

JOVEN.— No sé. Váyase a su casa.

COMERCIANTE.— ¡Estoy muriéndome en mi casa! Creen que estoy inconsciente. Me oyen algunas de estas palabras que le estoy diciendo a usted, aquí, pero ellos dicen que es delirio. La fiebre, ¿sabe? **(Se seca el sudor)** Yo también los oigo, y ellos no lo saben: **(Escucha)** ¿Ve usted? ¿Oye? Mi mujer le pregunta al doctor cómo me encuentra. Y él le dice.... **(Se frota las orejas)** Ya no se oye. Me zumban los oídos. ¡Estoy muriéndome! ¡Voy a morirme de un momento a otro! **(Inicia el mutis)** ¡Y tengo..., tengo que encontrarlo, antes de....! **(Ha salido)**

(Entran los novios)

- JOVEN.— (Les cede el banco) Siéntense, siéntense. Me iba yo. (Mutis)
- ELLA.— Por lo menos, no me negarás que cada vez viene menos gente.
- EL.— Sí, es verdad.
- ELLA.— Es curioso. Porque siendo el mismo día, debería venir la misma gente, ¿no?
- EL.— Yo no sé. Yo... no te comprendo. Ya te he dicho que soy muy burdo. Yo... te quiero solamente. (Pausa)
- ELLA.— También yo. (Se besan) ¡Oh, si pudiéramos guardar este día para siempre! ¡Clavarlo! (Transición) ¿Te has dado cuenta de lo que acabo de decir? "Si pudiéramos guardar este día para siempre. Clavarlo". Seguramente dije eso mismo la primera vez que lo vivimos y se ha cumplido mi deseo. ¡Ya no podremos salir nunca de aquí!
- EL.— Aquí estamos juntos.
- ELLA.— Sí. Estoy nerviosa. Perdona.
- EL.— A pesar de que sé que cuando nos casemos seremos más felices, no me importaría quedarme aquí siempre. Quiero decir, que fuera cierto eso que tú dices.
- ELLA.— ¿Toda la eternidad? Te aburrirías de mí.
- EL.— No. Tú sí, seguramente.
- ELLA.— No. Es de veras que te quiero. Es de veras que soy feliz contigo. Es que... Ya me ha pasado. ¿Te cuento un chiste?
- EL.— Bueno.
- ELLA.— Pues, un hombre que no había visto nunca el mar, cuando lo ve, dice: ¡Cuánta agua! Sí, le dice otro, y eso que sólo se ve la de encima. (El no ríe) Lo he contado mal. Es más largo. No me mires así, por favor.
- EL.— Perdona.
- ELLA.— Cuéntame tú uno.
- EL.— Yo no sé chistes.
- ELLA.— ¡Brrr! Hace frío. Qué brisa más fresca se ha levantado. Viene del mar, seguramente. Me gustan los veranos. El viento.
- EL.— Eres muy bonita. (Pausa)
- ELLA.— Me sé otro, muy bueno. ¿Quieres que te lo cuente?

EL.— Bueno.

ELLA.— No.

(Música. Se miran)

ELLA.— Sería tan bonito, que fuera eterno este momento. Por lo menos vivirá mientras yo viva. Será mi mejor recuerdo. Siento como si me miraron. Quizás sean las estrellas. **(Las ve)** O Dios. **(Gesto de El. Ella lo detiene)** Piensa bien lo que vas a decir, quedará grabado para siempre. **(Pausa. El la besa)** De rosas fueron, lámparas sin tela, los árboles, la música, el treinta y cuatro y medio. El color amarillo. Y esta piedrecita. **(Que recoge del suelo)**

EL.— ¿Que dices?

ELLA.— Nada. Palabras sin sentido. Para recordarlos también a ellas. Me siento tan generosa. Mira, **(La piedrecita)** te condeno a que la recuerdes siempre. Las cosas importantes las recuerda todo el mundo, no conocen el olvido, pero, estas cositas.... Pobrecitas. Mírala..., recuérdala.

EL.— Bueno. La recordaré.

ELLA.— ¡Qué vas a recordar! A lo mejor te olvidas hasta de mí, hasta de este momento.

EL.— Nunca.

ELLA.— Yo sí que no lo olvidaré. Nada. No dejaré que se me escape ni un solo detalle, ni un solo instante. Ni uno solo. Los guardaré, presos, para siempre. No pasará el tiempo en mi memoria. Será jueves todos los días, hasta que me muera. Y allí te veré, y me veré, como estamos ahora. Y me seguirá dando risa tu manera de peinarlo. **(Lo despeina, cariñosa. Vuelve a peinarlo con la mano)** Te miraré, tal y como te estoy mirando ahora. Y me miraré a mí misma, como soy ahora, porque en mi memoria no pasará.... **(Se ha oído. Cae en la cuenta de lo que dice y lo invade el temor, pero se deja seguir hablando para oírse)** el tiempo. Siempre será jueves, el mismo día que se repetirá y se repetirá, y lo estaré mirando.... ¡Ah! **(Se tapa la boca con la mano, angustiada, e inicia rápidamente el mutis)**

EL.— ¿Qué te pasa?

ELLA.— **(Se detiene y se vuelve, pero no hacia El sino hacia algún punto determinado donde fija la atención)** ¡Siento como si me estuvieran mirando! **(Mutis rápido. El sale detrás de Ella)**

(Todo se hace viejo otra vez. Entran el Policía y el Arquitecto. Este viste también a la moderna, por supuesto)

POLICIA.— No, no está aquí.

ARQUITECTO.— Y dice usted que viene....

POLICIA.— Todos los días, alrededor de las siete. Es el único consuelo que debe tener la pobre.

ARQUITECTO.— Ya se ha de haber ido. Creo que lo mejor es cerrar las verjas de una vez.

POLICIA.— No, estoy seguro de que todavía anda por aquí. Podría quedar encerrada. Le dará mucha pena cuando vea que se destruye todo esto. ¿No puede usted esperar a que se vaya ella por su cuenta? Tendríamos que decirle por qué hoy se cierran las verjas del parque tan temprano.

ARQUITECTO.— Le ha cogido usted mucho cariño a esa señora, por lo que veo. Aunque no le dijéramos nada, lo sabría mañana cuando venga y se encuentre a los obreros trabajando. Desde afuera, porque no la dejarán entrar.

POLICIA.— Sí. Pobre.

ARQUITECTO.— No puedo yo creer que no tenga familia..., algún pariente lejano....

POLICIA.— Pero es cierto. Vive sola en una habitación vieja. No tiene a nadie.

ARQUITECTO.— Hay asilos para esa clase de gente.

POLICIA.— Sí. Supongo. **(Pausa)** Algunas veces, de tanto oírle sus historias de aquellos tiempos, también a mí me ha parecido oír voces, pregones, música, en este parque viejo.

ARQUITECTO.— Me habría interesado conocerla. **(Consulta su reloj)** Mire usted, yo....

(El Policía se ha acercado al sitio desde donde creía Ella que la miraba)

POLICIA.— Señora, ¿qué hace usted ahí, escondida?

VIEJECITA.— ¡Chh! **(Se asoma, ve que se han ido ya los novios y sale)**

POLICIA.— Quiero presentarle al señor arquitecto del Municipio. Le he hablado mucho de usted y quiere conocerla.

ARQUITECTO.— Encantado.

VIEJECITA.— ¿Eh?

ARQUITECTO.— Que tengo mucho gusto de conocerla.

VIEJECITA.— Ah, ah, muchas gracias. Es usted muy amable. Muy amable. Como el señor policía.... No, el señor guardia. Ahora les llaman guardias, ¿sabe usted?

ARQUITECTO.— Sí, señora, lo sé.

VIEJECITA.— ¡Oh, pero debemos irnos de aquí! Van a pasar de nuevo.

POLICIA.— Cállese, señora.

VIEJECITA.— **(Ve lo ruinoso de todo)** Es verdad. No me había dado cuenta. **(Inicia el mutis)**

POLICIA.— ¿Quiere que le ayude a cruzar la calle?

VIEJECITA.— **(Cae en la cuenta de que se iba y regresa sobre sus pasos)**
No. No. Es muy temprano todavía. Todavía no puedo irme.

ARQUITECTO.— Sin embargo, señora, hoy se va a cerrar el parque más temprano que de costumbre.... **(Iba a decírselo pero se arrepiente)**
¿Qué piensa usted hacer cuando se decidan por fin a destruir este parque?

VIEJECITA.— ¿Cómo?

ARQUITECTO.— Cuando edifiquen casas aquí. Tarde o temprano lo harán, sin duda.

VIEJECITA.— Estaré muerta para entonces. Sería horrible, ¿verdad? Oír dar las siete y no poder venir. Separarme así. Sería como si me hirieran, como si me cortaran en dos. No poder venir a buscarlos cuando.... **(Piensa un momento en ello)** No. Además, no harán eso que dice usted. Los parques son necesarios en las ciudades. Para que la gente tenga donde pasearse, para que jueguen los niños....

ARQUITECTO.— Aquí ya no viene nadie, señora.

VIEJECITA.— Porque usted no los ve. Pero vienen, vienen. Y es tan hermoso ver esto lleno de gente.... Aunque cada vez vienen menos, es cierto. O será que es mi memoria la que está fallándome y yo no los recuerdo. No sé.

ARQUITECTO.— ¿Y usted conoce a esa gente?

VIEJECITA.— A algunos de ellos, sí.

ARQUITECTO.— ¿Son.... amigos de usted, le hablan?

VIEJECITA.— ¡Qué pregunta! ¡Ji, ji, ji....!

POLICIA.— **(Al Arquitecto)** Venía con su esposo.

VIEJECITA.— No, no. No nos habíamos casado todavía. A él, de esposo, lo recuerdo menos. Se hizo muy mal genio con el tiempo. Me regañaba cada vez que me veía distraída, recordando. Porque, ya desde entonces, ¿sabe usted? Hasta que murió, y pude dedicarme de lleno a revivir los días de nuestra juventud, a agarrarlos, tenderles la mano, para que no se vayan, como se va todo. Y es lo que hago. Ya me da un poco de vergüenza. Cambia una tanto con el tiempo, ¿verdad? Por eso me da vergüenza que me vean, y tengo que recordarlos a escondidas, disimulando. Pero, tengo que hacerlo, si no, desaparecerían. Porque ellos sólo me tienen a mí. Yo tengo a Dios, pero ellos sólo me tienen a mí. Uy, qué vergüenza me dará el día en que me les tenga que presentar. No sé qué les diré, qué cara pondré, Dios mío. **(Pausa)** Hace frío.

ARQUITECTO.— Señora, ya es tarde y... **(Mira su reloj, impaciente)**

POLICIA.— Y le puede hacer daño. Ha refrescado mucho. ¿Por qué no se va ya a su casa?

VIEJECITA.— Bueno. Me iré.

POLICIA.— La ayudaré a....

VIEJECITA.— No. No. Prefiero..., prefiero irme sola. Gracias. Buenas noches. Hasta mañana. Porque mañana es jueves. También mañana será jueves.

POLICIA.— Hasta mañana, señora.

VIEJECITA.— ¿Cómo es que era? Ah, sí: De rosas fueron, lámparas sin tela, los árboles, el treinta y cuatro y medio. El color amarillo. —¿Ve usted? Lo recuerdo. —La piedrecita. Menos mal que me encontré a mí. Si no, ¿dónde estaría a estas horas? **(Inicia el mutis)** Ah, sí, y la música. Ta ra rá ta ra ra rá ra rá.... **(La Violetera. Mutis)**

(Poco a poco se deja oír la banda que recoge y continúa la melodía. Cesa el anuncio, corazón del tiempo, y todo vuelve a adquirir el aspecto mágico, pero ni el Arquitecto ni el Policía se aperciben de nada de ello)

POLICIA.— Va hablando sola. ¿Ve usted cómo se detiene de vez en cuando? Va recordando. Allí donde usted la ve está ya casi ciega. El camino lo conoce de memoria.

(Entran el Hombre y la Mujer)

VENDEDORA.— **(Acercándose)** ¡Caramelos! ¡Cigarrillos! ¡Chocolates!

POLICIA.— **(Siguiendo a la Viejecita con la mirada)** Le aseguro a usted que hay noches en que a mí también me parece oír pasos de gente que se pasea, y música..., como viniendo... de otro mundo.

ARQUITECTO.— (Irónico) Sí, sí, veo que le ha contagiado. En fin, desde mañana lo que se oirá son los taladros. Venga, vamos a cumplir con el requisito de cerrar esto oficialmente.

(Se oye que un automóvil pita insistentemente)

POLICIA.— (Que está viendo) ¡Cuidado....!

(El automóvil frena: se oye el chirrido de las llantas)

POLICIA.— ¡Mire....! ¡La ha atropellado!

(Mutis de ambos que salen corriendo a socorrerla)

HOMBRE.— Siéntate. Te puede hacer daño caminar tanto.

MUJER.— No, ya te he dicho que aquí no.

HOMBRE.— ¡Las bancas son públicas!

MUJER.— (A la Vendedora, que entra en esos momentos) ¿Verdad, señora, que esta banca es propiedad privada?

VENDEDORA.— Je, je.... Casi. Pero se han ido ya.

MUJER.— (Se sienta). ¿Tan temprano?

VENDEDORA.— Sí. Los han venido a buscar. Una viejecita. Es curioso.... Es la primera vez.... Mírelos, allá van, cruzan la calle ahora.

MUJER.— Ya no los veremos hasta el próximo jueves.

JOVEN.— (Entrando) No. A esos ya no los veremos nunca.

(Entra el Niño)

JOVEN.— (Al Niño) Se fue con el comerciante el niño con quien jugabas, ¿verdad? (El Niño, medroso, no responde) El señor ese gordo, de la corbata desatada.... (El Niño asiente con un leve gesto) Está bien. Se lo merecía. (Sonreído). Nos vamos quedando solos. Mejor dicho: Nos hemos quedado solos.

(La Vendedora y la Mujer se cruzan gestos significando con ellos que el Joven está loco. Poco a poco, sin embargo, van cayendo en la cuenta de que lo que dice es verdad. La Vendedora reaccionará inmovilizándose, apretando contra sí, como para defenderlo, a su nieto. La reacción de la Mujer es de un histerismo mudo)

JOVEN.— (Continuando sin interrupción. Sonriente, disimulando así su verdadero estado de ánimo) Todo el mundo se va en estos momentos. También a ellos los recordaba la vieja. Eran el fondo, el marco de la pareja. Se borran, miren. (Sólo la Mujer mira) Menos nosotros. Nosotros tenemos vida propia. Quiero decir, pertenecemos a otros. A otros que no han venido a buscarnos, no sé por qué. Por lo menos en mi caso. Y que ya no vendrán. Han cerrado el par-

que. Van a edificar aquí. Por eso les hablo, ya es hora de que lo sepan. Pero no, no teman, a éste no le pasará nada. Es el otro, el viejo. Sólo que, naturalmente, al destruir el otro, cerrarán toda posibilidad de que nos vengan a buscar. **(La música cesa poco a poco, pero como alejándose)** También la música se va. Se la lleva la vieja. **(Silencio)** ¿Oyen el silencio? ¿Y ven esa como neblina que comienza a formarse? Es la eternidad.

(El efecto de la neblina que lo invade todo lentamente debe sugerirse apenas, levisísimamente, y esto exclusivamente por medios luminotécnicos. La Mujer no puede retener un pequeño gemido, se levanta)

HOMBRE.— **(Un poco disgustado, al Joven)** ¿Qué le pasa a usted?

MUJER.— ¡Vente, vámonos de aquí! **(Hace mutis con el Hombre)**

VENDEDORA.— ¡Señora, por Dios!

JOVEN.— **(Pausa. Mira a la Vendedora)** El es un Dios de vivos. De nada nos sirve a nosotros.

VENDEDORA.— Es usted un loco sin conciencia. Ha asustado a esa señora que espera un niño.

JOVEN.— Niña. Los conozco. Se han divorciado, se han casado de nuevo, han envejecido. Ya no se reconocerían si se vieran. Se recuerdan, sí, alguna que otra vez. Pero no lo suficiente para venir a buscarse. Y si ahora intentaran hacerlo, ya no podrían. Pero no lo intentarían. Ya le digo que los conozco, los he visto en algunas de mis salidas. Me he interesado por ellos. En un principio tuve la intención de..., de decirles..., recordarles.... Pero no valía la pena. A usted sí no la he visto nunca. Usted ya estará muerta, por supuesto. Es este niño, o, este hombre, mejor dicho, el que la recuerda. Pero quién sabe dónde pueda estar.... **(Está mirando al Niño)** En un país lejano..., en una cárcel.... Lo cierto es que él tampoco ha venido.

(Regresa el Hombre y la Mujer, ella cabizbaja y llorando)

JOVEN.— **(Empieza a ponerse serio)** Les dije que habían cerrado. ¿Qué vamos a hacer ahora? No sé. Podríamos aullar, como lobos. Podríamos hacernos fantasmas del parque... No..., lo van a destruir. Gastarnos. Pero, ¿cómo? ¿Ven ustedes? Ahora comienza. **(La Vendedora lo interroga con la mirada)** ¿Que quién soy yo? Qué más da. Uno de ustedes, un olvidado. Por mis ideas, mis proyectos.... poco lucrativos, supongo. He salido muchas veces, me he buscado.... Y nada. Nunca he podido averiguar qué fue de mí. Aunque estoy seguro de que me he visto. **(Mira al público directamente y completamente serio, trágico)** Que me ve. Y no me reconoce.

(Está mirando al público mientras cae, despacio, el